

La economía de los milagros

*H*ace treinta años, la economía española ya era un milagro que había dejado atrás la autarquía del primer franquismo. Pero el futuro sería también milagroso.

De Matesa a Gescartera. La corrupción en las empresas y en la política es una constante. Pero, vista así, pareciera como si la economía no hubiese cambiado, y en realidad cambió y a mejor.

La idolatría de la transición ha tendido a contemplar el crecimiento económico como una consecuencia del fin del franquismo. Esta muestra de corrección política es un error: hace 30 años España ya era un milagro económico. Los dos primeras décadas de la dictadura franquista no sólo fueron un espanto político sino también

económico, porque el régimen cerró los mercados en una locura autárquica que mantuvo a nuestro país al margen de la recuperación europea posbélica. A finales de los años 1950, empero, el propio franquismo inició un proceso de apertura, que ya no se interrumpiría.

El resultado fue que en los 60 España creció y convergió con Europa como nunca. Cuando CAMBIO 16 vio la luz, ya se había producido el primer milagro económico: las empresas prosperaban, los españoles se movían, muchos a Alemania pero muchos más del campo a la ciudad, y el bienestar era incomparablemente superior a lo que la mayoría de los ciudadanos había conocido en toda su vida. Las cartillas de raciona-



miento semejaban una remota reliquia, y apenas habían sido suprimidas 15 años antes.

Cuando llega la democracia, el consenso tuvo también un aspecto económico: nadie quería volver al primer franquismo de la economía cerrada. Debíamos ser un país europeo. De ahí el consenso de los Pactos de la Moncloa.

El rechazo a la inflación y a la autarquía se encontró con un marco internacional que se alejaba a marchas forzadas de las utopías anticapitalistas y en donde despuntaban Reagan y Thatcher. Aunque la retórica al uso los condenó, su forma de hacer política contagió a los líderes de todo el mundo, y así fue como en los años 80 vimos en España a Felipe González y sus socialistas, ¡los socialistas!, desmantelando y privatizando nada menos que el INI. Si eso no fue un milagro, que venga Dios, con perdón, y lo vea.

Un marco institucional de paz, estabilidad y apertura comercial dio los frutos predecibles y, tras la crisis de los 70, España dio, gracias a la integración en Europa, otro gran salto económico en el primer lustro del PSOE en los años 80. Los albores de los 90 nos hundieron otra vez en una crisis, pero a mediados de la década pasada la economía se recuperó y, esta vez bajo el mando del PP de José María Aznar, España volvió a registrar varios años de expansión. Hasta hoy,



cuando tomamos con naturalidad que España sea un donante neto en términos de ayuda al desarrollo, y olvidamos que hasta hace muy poco éramos receptores netos de la misma. Otro milagro.

No todo fue coser y cantar. Aunque se privatizaron empresas públicas, por otro lado el gasto público, que apenas superaba el 20 por ciento del PIB cuando murió Franco, llegó al 50 por ciento en 1993. Al mismo tiempo, la débil liberalización de nuestro mercado laboral, lastrado durante demasiado tiempo por las restricciones de la dictadura (a la que algunos pseudofalangistas parecen querer regresar), desembocó en la triste paradoja de un país enriquecido pero con una tasa de paro que llegó en su peor momento al 25 por ciento de la población activa. Impuestos y paro: ¡España por fin es europea!

Y en esas estamos, ante la alternativa de liberalizar más los mercados y en el delicado equilibrio entre la necesidad de bajar los impuestos y de mantener un Estado del Bienestar que los ciudadanos aprecian pero no quieren pagar. Ningún partido político está dispuesto a cortar este nudo gordiano pero, quién sabe, puede que estemos a las puertas de un milagro económico. No sería, como lo prueban estos 30 años, la primera vez.



Carlos Rodríguez-Braun